

VI

Continuando la granizada de las malas notas, aunque él era muy severo con el muchacho, empezó á incomodarse también con los profesores, haciéndoles observaciones y recomendaciones singulares con respecto á la enseñanza, las cuales les habrían ofendido, si no les hubiesen divertido. Conmigo también se lamentaba. — No explicaban las cosas claras—decía,—no piensan más que en hacer papelón con grandes discursos; pero no tienen paciencia para hacer entrar bien las cosas en la cabeza de los chicos. Después siguió discurrendo, asegurando que era una enseñanza insustancial.—¿Sabe usted que hace cuatro meses que se están ocupando con la historia del asno, del buey y de la zorra? No se puede uno extrañar de que los muchachos sean cada vez más aborricados. Me río yo de sus latinajos ó *latinorum*, como

dicen ellos, si no sirven para otra cosa. Ya estoy ahito.

El latin no era ya más para él que latinajos ó *latinorum*; y sin embargo, si le hubiesen aprobado áquel año al hijo, aunque no fuese por otra cosa que por mantener el honor de su nombre, en el Valle de Maira, le habría hecho al infeliz que siguiese los estudios.

Entre otras ocurrencias dejó escapar la sospecha de que el chico se había distraído en los estudios por culpa de las *estudiantas*. Precisamente en su clase había siete; nuestro hombre las conocía á todas y las miraba con aire de inquisidor, las escrutaba con la imaginación, parecía que las husmeaba de un extremo á otro de los corredores; á una, sobre todo, á una morenilla con lentes, con pelo rizado, graciosísima, la cual debía parecerle oso de montaña, dominado por un concepto fantástico de la corrupción de la ciudad, un mónstruo de precocidad sensual y de refinada coquetería.

—Mire usted que cara,—me decía—aquélla... ¡Ah, querido amigo, ya se vé que no conoce usted lo que es el mundo! ¡Si usted hubiese visto lo que tengo visto yo!... ¡Virgen Santísima, qué escuelas!

Y habiendo sido comprendida su aversión á las alumnas, también por esto llegó á ser objeto de curiosidad y de todo género de burlas por parte de los estudiantes, hasta el punto de que el día menos pensado estallaría algún conflicto. Una mañana, con efecto, ocurrió un medio alboroto, porque habían visto á un chico que tenía en las manos un número de *La Luna* con un grabado de mujer desnuda, nuestro héroe hizo la demostración de ir á arrancarle el periódico, diciéndole que debía avergonzarse; y un grupo de estudiantes le dió una grita en medio de la calle con este motivo. Otra vez vino bufando á decir que había visto apostarse pilluelos al pie de la escalera para mirar de abajo á arriba á una muchacha que bajaba, y que él los había tratado *de marranos*. Quería ir á ver al director, y habría recurrido hasta al gobernador de la provincia. ¡Ciertamente que su hijo había caído bien en semejante sitio para aprender educación!... ¡Y todos aquellos profesorones que no veían nada, que no sabían nada!... ¡Hubiera querido mandar él,—añadía blandiendo el bastón,—y en veinticuatro horas todo habría entrado en caja!... Naturalmente, la primera medida habría sido echar á la calle á son de tambor

á aquellas señoritas, para que fueran á “hacer media,” á sus casas.

Hacia fines de año tuvo también un motivo de disgusto.

Se fué á pedir informes al profesor de literatura una mañana, en la cual, precisamente su chico recitando la lección, que era un trozo del *Celeo* de Baldi, había, con su bárbara pronunciación, suscitado en la clase una hilaridad irrefrenable. El profesor aconsejó al padre que hiciera por corregir el defecto de pronunciación por algún maestro especialista en la materia, obligándole á dar lecciones de semejante materia de ortofonía.

—¿Pero cómo es eso, cuando hace un año que está dando lecciones de corrección de pronunciación?—exclamó el padre algo sorprendido.

El profesor permaneció asombrado. Después de un instante dijo:

—¡Entonces... no hay nada que hacer!

Así era, en efecto. El pobre muchacho por librarse de las burlas de los compañeros, había inducido á su padre desde principio de curso para que lo enviase á dar lección á casa de un pobre diablo cuyo nombre y señas leíase en un cartelito colgado en un

puesto de periódicos, con el siguiente anuncio manuscrito:

Verdadera escuela de lectura y de pronunciación toscana, para uso de los estudiantes de los gimnasios y de las escuelas técnicas.

Era un famélico ex comediante, que daba como toscana la pronunciación de Mondoví, y llevaba treinta céntimos por lección. Nadie en el mundo había tirado por la ventana más lastimosamente sus dineros.

Por lo demás, el profesor le dijo al padre una cosa bastante desagradable. Suplicándole que le dijera *francamente* si había hecho bien ó mal en insistir para que su hijo continuase los estudios clásicos, le respondió sin ambages que hubiera sido mejor en hacerle seguir otro camino; mas al oír esta verdad presentida y solicitada, como ocurre siempre, el padre, herido en su orgullo, se descompuso como un puerco-espín. Yo le encontré por la escalera rezando:

—Pues continuará el latín á despecho de todos. ¿Qué creen? ¡Porque no es hijo de un marqués! Se necesita nacer un santo para oír á estos orgullosos. ¡Oh! lo veremos, aun cuando tuviera que gastarme cien pesetas al mes en repasos. Pero tú—añadió, cogiendo por un brazo á su hijo y sacudiéndole fuer-

temente,—tú tienes que ponerte á estudiar hasta quemarte las cejas, ó voto á Dios que te meto en un barco y no vuelves á vér un céntimo en diez años. Porque lo he de conseguir, sí, lo conseguiré... ó no soy quien soy.

El muchacho estudió, estudió tanto que estuvo á punto de enfermar; pero reprobado en los dos exámenes de composición italiana y en el francés, ni siquiera le admitieron al ejercicio oral. Me encontré al padre con su hijo en los pasillos del Gimnasio el día que habían ido á enterarse de la notificación en medio de un ir y venir continuo de muchachos, de padres y de profesores.

Ya se había desahogado con el director, vapuleado á la víctima, y tomado su resolución; no le quedaba más que una rabia concentrada.

—Lo sabe usted ya—me dijo abordándome con la cabeza levantada,—le quito al muchacho del *latinorum*. Al profesor se lo he dicho en presencia de todos. Está decidido. No quiero que se acabe de embrutecer aquí dentro. Seguirá el camino que he seguido yo é irá más lejos que todos estos doctores llenos de viento... Por otra parte—continuó lanzando una torva mirada á dos alumnas que pasaban,—este no es un lugar aseado.

Yo le contesté con un ademán, echándolo á broma.

—Yo bien sé lo que me digo,—replicó guiñando un ojo.—Aquí no hacen fortuna más que los hijos de los peces gordos... y las muchachas. He comprendido el juego. Soy yo muy fino. Y no me cabe duda, además, de que mi hijo sabe lo bastante. No sabía yo otro tanto cuando comencé. Después de todo no se gastará la cabeza en aprender majaderías. ¿No es verdad?

El muchacho contestó con un movimiento de cabeza á aquellas palabras inusitadamente benévolas; pero parecía no entenderlas. Miraba en torno suyo, como si sintiera tristeza al tener que salir como un réprobo de aquel lugar, que, por otra parte, sólo fatigas y humillaciones le recordaba. De sus compañeros que iban y venían, alguno que otro le miraba con aire compasivo. Otros, reprobados como él, le dirigían miradas casi de envidia al saber que abandonaba para siempre aquel áspero camino, por el cual aún tenían ellos que arrastrar la cruz del latín y del griego.

Y se echaba uno á pensar mirando á estos y al envidiado, ¡cuántos no habría allí dentro y de ambos sexos, condenados tam-

bién por estúpida ambición de sus padres á forzar inútilmente sus facultades rebeldes, dejando dormir sólo aquellas que un día quizá les habrían dado el sustento y un buen nombre! ¡cuántos, en aquella lucha ingrata y humillante, consumían su ingenio y tomaban odio á los mismos estudios para que habían nacido ó envenenaban su alma con enojos y emulaciones impotentes, haciendo un interminable viaje en redondo para venir á parar á una tienda ó á la mesa de una oficina, á donde hubiesen podido llegar con brevísimo camino en línea recta, sin desengaños y sin afanes!

—Y *con esto*,—concluyó el “picapedrero,”—*no digo más*,—y así se hubiera ido sin escándalo ninguno, si al pasar por delante de la Dirección, donde había un grupo de profesores, riendo, creyendo que se burlaban de él y sintiendo hervir todas las vías adormecidas, dijo en alta voz, deteniéndose:

—¡Si, ciertamente que es cosa de reirse el haber hecho perder dos años á un muchacho! ¡Brava hazaña! ¡Vale la pena de que se hagan levantar estatuas después de muertos!—señalando los bustos de los cuatro poetas.

Al oír las últimas palabras los profesores se miraron á la cara, y, adivinando el equívoco, se echaron á reír con todas sus fuerzas.

—¡Eh, no se rían tanto!—replicó él perdiendo la cabeza.—Es una risa que suena á muerto, con algo de apetito que en todo se mezcla. ¡Oigan, oigan un poco, á ver si suena mejor esto!—y dando un golpe con la mano en el bolsillo del chaleco, hizo sonar el dinero.

El hijo, avergonzado, quiso llevárselo hacia la puerta. Entretanto habíanse acercado muchos estudiantes, formando ala á su paso, agolpándose á la salida, y haciéndose señas. Mientras estuvieron en los pasillos se contentaron con armar aquel rumor sordo que preludia la gritería, y él no pasó de pronunciar entre dientes palabras entrecortadas de amenaza:

—¡Si les cogiera uno á uno!... Si llego á enarbolar el palo... Fuera de mi lado, gente honrada...

Cuando llegaron á la calle, la demostración adquirió más fuerza. Los escolares comenzaron á mirarle:

—¡A la montaña! ¡Abajo, pierna corta!
¡*Rústica progenies!*

Él se volvió contestándoles:

—¡Id á trabajar, ganapanes! ¡Asnos apollillados! ¡Latinorum de mis pecados! ¡Venid, si queréis que os acaricie las espaldas!

Los alumnos arremetieron en sus gritos, estrechándole entre sus filas. Él hubiera querido volverse y hacerles frente. El hijo, llorando, lo sacó de allí, llevandoselo por un brazo.

Pero cuando llegaron á la esquina más próxima, aún se volvió otra vez; titubeó un momento, como si buscara una injuria victoriosa; luego, encarándose, no sólo con la muchedumbre alboratadora que le perseguía, sino con el edificio de las escuelas, *videlicet*, con los alumnos; con los profesores, con el latín, con todas las glorias y con todas las vanidades del mundo clásico que le habían ofuscado y hecho traición, les saludó por última vez... ¿Cómo diría yo? ¡Oh, musa boloñesa, ven en mi auxilio!... les saludó con ademán indescriptible.

Luego, cojeando, se perdió de vista detrás de la esquina, llevándose consigo al pequeño latinista *fallido*.

FIN